

El desafío, entonces, no es elegir entre una potencia u otra. Es preservar la capacidad de elegir. Porque cuando esa capacidad se pierde, la soberanía deja de ser un atributo real y se convierte en una formalidad sin contenido. Sin duda, este será uno de los primeros grandes retos del presidente recientemente electo: ejercer con claridad la autonomía que el país declara poseer o administrar, bajo presión, decisiones condicionadas por intereses ajenos. En esa definición no solo se pondrá a prueba una política exterior, sino el sentido mismo de nuestra independencia como nación.